



Víctor Ruiz

*Nunca podré ser todas las personas que quiero ser, ni vivir todas las vidas que quiero vivir. Jamás podré aprender a hacer todas las cosas que quiero aprender, ¿Y por qué quiero?*

*Quiero vivir y sentir todas las tonalidades, matices y variaciones de la experiencia mental y física que sea posible.*

*Sylvia Plath*

*Día seiscientos siete.*

Aún noche cerrada, desde la ventanilla del coche de Enrique, veo discurrir grandes avenidas en silencio, conducimos por barrios en calma. En las postrimerías de la noche, el vehículo se retuerce por la carretera, Mi solipsismo se mezcla con las palabras de Felisa y Carmen. La relación con las compañeras no siempre es estimulante, y el desencuentro encuentra un encuentro en la necesidad de salvar los setenta kilómetros que me separan del instituto donde daré clase este curso.

¡Ay!, dice Felisa, lo que me va a costar aplicar los criterios específicos para el alumnado que me viene en segundo...

Si no les pillas con ganas... añadió Carmen.

Leo nos ha de ilustrar... zanjó Enrique, mirándome fijamente a través del espejo.

La luz ambarina comenzaba a recortar el horizonte, el día y yo despertábamos. Un cuadro de pardos y violáceos se dispersaba ante mí.

Un grito de Enrique, ¡Leo!, me devuelve a la vigilia sedente, sus pupilas en el espejo crepitan, me asusta y me seduce.

Apenas una interjección inaudible a modo de respuesta.

Por un instante, la composición impresionista, de yermos y soledades de la entrada al pueblo, me hace experimentar el sentimiento de emoción pedagógica de los pioneros de la Institución Libre de Enseñanza.

La mañana fue provechosa, la estela del acogimiento de los temas propuestos me estimula a avanzar, me acompaña a la cama.

*Día seiscientos veintiséis.*

Me desperté en el sofá, aún olía a noche, tal vez no pude dar el paso hacia un descanso definitivo, levantarme y decidir dormir en la cama no sólo me hubiera acercado a la mirada arquetípica, también hubiera borrado de mi rostro el aspecto de trasnochada que tanto maquillaje requirió.

El astro fluorescente resolvió la penumbra, busqué en la radio voces, que me acompañasen. Lobo me seguía, mi Yorkshire negro brillante y cúpula de fuego. Le ofrecí su desayuno, sus ojos escarchados me buscaban, su hocico encontró los bordes del cuenco.

Llegué al piso exhausta, con los pies doloridos, me entregué a mi pequeña criatura, unas palabras cariñosas pusieron el colofón a un día en el que como Horacio escribó, *hoy he vivido*.

El hilo de voz que aún albergo, ata la conducta intachable que me exijo en las clases, con la recompensa del placer de impartirlas. ¿El estipendio? Ver como un prurito de interés florece entre mis alumnas, si alumnas, porque suponen la mayoría en éstos niveles educativos.

Comentamos un texto de Fortunata y Jacinta, la tesis, sobre la libertad de Juanito Santa Cruz frente a la de Fortunata. abrió un debate sobre los muros de la moral. Engarcé la conclusión con alguna de las tesis de mi querido Benjamín. En este mundo de paciencia y asco no conviene que echen cuentas de las miserias que les esperan.

*Día seiscientos cincuenta y siete.*

Medito antes de salir, camino, son las 6 y cinco de la mañana, el invierno me envuelve con su frío cortante. La calma reinante me recuerda un poema de Concha Méndez; *Me gusta andar de noche, las ciudades desiertas, cuando los propios pasos se oyen en el silencio. Sentirse andar, a solas por entre lo dormido, es sentir que se pasa por entre un mundo inmenso, todo cobra relieve, una ventana abierta, una luz, una pausa, un suspiro, una sombra, Las calles son más largas, el tiempo también crece, yo alcance a vivir siglos andando algunas horas.*

Enrique me observa desde su coche, intercambio algunas palabras con Felisa, ademanes corteses bajo un cielo azabache que se niega a ajustarse con el ritmo frenético de barrio obrero.

Me escribió Darío, llevo semanas sin verle, vendrá a la ciudad.

*Día seiscientos setenta y cuatro.*

Sonrío cuando se me amotinan las alumnas, hoy las palabras volaban de mi mente, me trastabillé.

Ellos no lo saben, pero esa relación tensa es lo que une la Leviatán de mi adolescencia con mi presente.

Venden muy cara su admiración.

La largura del día me ha consumido y, además, me ha venido la regla, así que esta bruja se va a tomar un Nolotil y se va a meter al sobre.

*Día seiscientos setenta y nueve.*

Pasé el fin de semana con Darío, volví a mi ciudad, sus sábanas, la ciudad, las siento muy lejos desde que murió mamá. Acudí a recoger mis pertenencias, cosas con las que papá había ido tropezando en el piso de mamá, solo recogí algo de ropa, libros y cuatro tarjetas SIM que me hacen tragarme mi pasado, todo está listo para empezar a olvidarla.

Comí con amigas que me cuesta cuidar, poco a poco el ánimo fáustico se tornó en ingravidez, no me las merezco, me mantienen unida al mundo, ellas son el lugar al que quiero volver, todo Ulises necesita una Ítaca.

Me marchó sola a un concierto de Los Planetas, recorro, decidida, las calles en sombra de mi juventud, confundiendo el pasado y el presente, esa nostalgia de nihilismo asfixiante, cerveza fría y prosa resabiada, vuelvo al útero de mi adolescencia.

Experimento media docena de epifanías, lo que al comienzo era efervescencia colectiva, finalmente devino en catarsis atávica, su remolino me vence, me contagio de los rasgos rebeldes e inocentes de la bajista que toca para sí, alzo la voz, junto con otras muchas voces, liberamos un rugido primario; *Cuando giro la mirada, ¡No está ella! ¡Ya no hay nada!*

*Día seiscientos ochenta y dos.*

Regresé a mi minúsculo piso, Lobo, acurrucado me espera, nos fuimos un largo rato de paseo por nuestra nueva ciudad, casi dos años hace que la habitamos, me ruboriza esa cifra, a veces las metamorfosis requieren apartamiento, ¿Vivo sola y lejos por causa del destino o por decisión?

Una mujer puede vivir sola por elección.

*Día setecientos.*

El crepúsculo ya doblaba a la noche para cuando llego al instituto. Tras una reunión a la carrera con el director, tocó dar malas noticias, parece que los meses de proselitismo no han tenido los resultados que esperaba. Quizá se han enredado en su propia ilusión. Necesito que todas sobresalgan en la EBAU, aún hay tiempo, así modero mi severidad y apelo a los jóvenes de Benedetti para provocar una reacción iniciática.

Por la tarde, ordenando el piso, di con las tarjetas SIM. Acudió entonces, un anhelo de deseo por un tiempo perdido, magdalena que convida a emerger a quién dejé de ser hace mucho tiempo, la emperatriz de los abismos, Sherezade.

*Día setecientos tres.*

Subí un anuncio en una app, introduje una de las tarjetas en mi teléfono. Me adentré en las entrañas del horror.

*Día setecientos once.*

Mañana es festivo, me encuentro en la intimidad contemplativa, me entrego al ministerio de la docencia, corrijo exámenes a la misma hora que ayer.

Salir a respirar con Lobo me hizo bien.

Luego contesté un mensaje, Sherezade tendrá mañana un encuentro.

*Día setecientos doce.*

Llueve, la cadencia de las gotas sobre el paraguas es terapéutica, camino por una calle desconocida, mis sentidos descomponen lo que me rodea, extraigo la esencia de los minutos, mi pecho amortigua los latidos de mi corazón.

Presiono un telefonillo, pienso en volver, salir corriendo, demasiado tarde, ya me encuentro en el recibidor de un piso noble, las lámparas de araña del techo apenas me dejan ver las alegorías de los tapices. Un señor en silla de ruedas me recibe, noto su erección, será mi buena obra del día.

Huele a soledad y polvo de tratados de historia. Le miro a los ojos, y el hombre tartamudea y se desmadeja, me confiesa que el contacto con las mujeres ha sido esporádico, no estaba prevenido ante mi belleza.

Cedo a los delirios onanistas de mi juventud, era joven, me gustaba saberme deseada. Ahora a mis treinta y pico, vuelvo a los escarceos autodestructivos.

Con esfuerzo el hombre se tiende en la cama, complacido me pide que le acompañe. Ya desprendida de mi ropa, sus dedos fríos recorren mi cuerpo, un relámpago ilumina mi interior, siento la sangre acelerarse en mis venas, el arroyo extiende su eco por la habitación.

*Día setecientos veintitrés.*

Hoy recorrí sola la distancia que me separa de mi instituto rústico, el segundo trimestre ha llegado a su fin. Me gusta ver en mis alumnas lo que ni ellas mismas ven, así, sin juzgar, acompañándolas.

Sé que la bruma de la inseguridad puede envolverte, asediarte... Todo va a salir bien, les digo.

Se deshilacha el hilo fino que une la profesora con Sherezade. Por la noche acompañé a un chico, un crítico cultural, solo quería presentarme a su madre.

La señora, una pieza de museo, de lanza de Velázquez más que de performance de Marina Abramovic, tardó medio segundo en inundar la velada de silencios decentes, mientras que los maricas sarnosos y las prostitutas al escorzo de cuadros de Caravaggio nos hundíamos río abajo en la nave de los locos.

Perdía así, la posibilidad de satisfacer el ego de la señora, y abrir los poros de su piel entumecida. Me hice cargo de su intemperie, no le cobré nada,

Conduje bajo un cielo ardiente de estrellas. Por el parabrisas, una línea continua centelleante se perdía en el horizonte, un juego de proyecciones y sublimaciones me reflejó los ojos del chico enfrentados a los míos, su desazón y su angustia se subsumía en la mía, desembocando en una inmensa ternura.

Se sabía excluido, su mirada condensaba siglos de miradas, prejuicios y violencias sobre los más proclives a ser arrastrados por las aguas del Leteo.

#### *Día setecientos cincuenta*

En la frescura de la noche, me regocijo en la alegría, veo como se compone en mis estudiantes la pasión por el descubrimiento, en uno de los grupos, unimos las mesas en círculos, como si fuéramos conspiradoras, compartimos pensamientos propios, me desnude ante ellas, mostré mis entusiasmos, traje los versos que me emocionan, les lleve libros de Solnit, Pizarnik... Merecen saber.

*Día setecientos cincuenta y cuatro.*

La tarde venía cayendo, en la hora divina del estío, bajo un cielo azul y plácido, sentía el corazón de Darío entre la brisa, sin recrearnos en la crudeza de lo adulto, hablamos de la profundidad del mar que nos separaba, le miré lentamente, le abracé un largo rato.

Los desamores, como los amores suceden de repente

*Día setecientos noventa.*

En la luz limpia de la mañana, me dejé mecer por la inmanencia de la botánica urbana, llena de alegría, junto a unos geranios del centro, me encontré con Celia, una alumna de 2ºB, ¡Proferee! –gritó-. Me interesé por su experiencia en las pruebas de acceso a la universidad, era ostensible como el ánimo había tornado del deseo transido de nostalgia y sufrimiento, *pothos* en la Antigua Grecia, a la esperanza cegadora ante la promesa de un comienzo. Enhorabuena Celia – le susurré al oído mientras nos fundíamos en un abrazo - ¡Te lo mereces!

Podrá estudiar en la Facultad de Filología.

Los días efervescentes del curso quedan atrás, el pueblo, mis estudiantes, todos formarán parte de las rutas de mi memoria.

Me encantaría conocer que cometido me asignará la Consejería el próximo curso, siempre me emociona situarme en los territorios de las primeras cosas.

*Día ochocientos.*

Desde el crepúsculo, en el cielo salado, un astro desgarrador se hacía presente, es verano. Hace ya unos meses que recuperé de la basura una identidad pretérita, me desdoblé, arriesgando cuanta felicidad artificial había en mi vida, en la plenitud del estatus, por las tristezas auténticas de Sherezade, tan intimidante y sexual.

Quizá por eso, esa tarde me encaminé, de nuevo a un hotel en otra ciudad. Leonor y Sherezade, juntas en dos lugares a la vez, pero en universos diferentes.

Las instrucciones disponían que entrara en la habitación, ésta estaría abierta. Así hice, y al volverme para asegurarme que la puerta quedara cerrada, un fuerte tirón sobre mi coleta me giro la cabeza para recibir un puñetazo que me dio de bruces contra el suelo.

Pude reunir la fuerza suficiente para girarme sobre mí, con el asombro de un horror inmenso, vi algunos de mis dientes sobre el parqué. No entendía nada, apenas podía oír sus gritos.

¡Putá!

Supliqué.

Me agarró la cabeza y la junto a la suya, esperó tranquilamente, aguardando a que mis ojitos enfocaran y le reconocieran.

¿Ahora sí? ¿Eh?

Y lo hicieron.

Es Enrique.

La visión se volvió a emborronar, quise escapar, pero no había salida.

Los hombres como espadas, atraviesan la dermis de todas las mujeres que soy.

Nunca me he sentido tan sola, ni he tenido tanto miedo.

Grito desde mi jaula de carne.

Desde el suelo puedo ver el cielo a través de un trocito de ventana.

La pena es tanto más desconsoladora cuanto que el resplandor de un cielo realza mi final.

No hay clímax en la muerte.

*Día ochocientos uno.*

1031

La fatalidad le mató, pero él no cayó.

Ella le derribó, él no se derrumbó

Le empaló en sus estacas más feroces, el las neutralizó

Ella le aguijoneó, minó su firme ataque, pero cuando lo peor hubo pasado y, el,

impasible la miró.

Ella reconoció que él era un hombre.

Emily Dickinson